

IN MEMORIAM

LUIS EDUARDO MORA OSEJO

(Túquerres, Nariño, 7 de diciembre de 1931 – Bogotá, 11 de marzo de 2004)



La Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales tiene una deuda impagable con el profesor don Luis Eduardo Mora Osejo. Fue nuestro presidente por 20 años consecutivos, durante los cuales la Institución se transformó, para el bien de la ciencia y del país, en una Institución dinámica, moderna e influyente.

Pero la deuda no es sólo por lo que hizo, sino por la forma en que lo hizo, que no fue más que un reflejo de su carácter y de su personalidad excepcionales. El doctor Mora fue y actuó, siempre, como un hombre sabio y bueno. ¡Qué maravillosa combinación! Estudioso y profundo. Su saber iba mucho más allá de un área específica de estudio, incluso más allá de la botánica y de la biología. Generoso con su conocimiento que dispensaba a todos los que nos hallábamos a su alrededor, sin reservas, sin consideraciones diferentes a una convicción férrea de que la ciencia es patrimonio universal, que pertenece a todos, y por tanto era él un depositario transitorio, con el autoimpuesto deber de difundirla y fomentarla para el bien de sus congéneres y de la Nación toda.

Era el Dr. Mora además una persona dulce y comprensiva. De una tolerancia llevada al extremo. Durante todos los años que lo conocí y en los que tuve el privilegio de trabajar con él, no lo recuerdo alzándole la voz a alguien ni jamás escuché de él un concepto negativo sobre perso-

na alguna. No era la suya una tolerancia acrítica. Sus posiciones eran claras y bien meditadas, y perseguía sus metas (siempre altruistas) con constancia y tenacidad. Por eso, la incomparable obra que nos deja para acompañar su memoria.

No hay duda de que don Luis Eduardo Mora Osejo es un ejemplo para todos nosotros. Ni siquiera sé si él sospechaba qué tan importante era su ejemplo. Los hombres grandes, actúan siempre haciendo lo que saben que deben hacer, indiferentes a los honores y ajenos al respeto que despiertan. Saben que eso se da a veces por añadidura, pero que su recompensa verdadera está en la realización de su obra. El Dr. Mora fue un hombre grande. Nos va a hacer mucha falta, nos queda el consuelo, como le debe quedar a su querida familia, a doña Alicia su esposa, a Alicia Margarita y Ana Lucía sus hijas, a Luis Juan su hijo, a sus nietos, a sus hermanos y familiares, que vivió intensamente cada instante, que siempre estuvo creando y produciendo, que difundió generosamente sus conocimientos y que se constituyó en un ejemplo para cientos de discípulos, amigos y compañeros.

Bendita sea su memoria.

Moisés Wasserman
12 de Marzo de 2004

POLIDORO PINTO ESCOBAR

(Carmen de Carupa, 30 de noviembre de 1926 – Bogotá, 13 de noviembre de 2004)



Cuando se encontraba en prensa esta entrega de la Revista falleció el académico de número Polidoro Pinto Escobar, quien colaboraba como Coordinador Editorial de la misma. Durante más de cincuenta años el profesor Pinto ocupó un puesto destacado en la vida de la Universidad Nacional, primero como estudiante y luego como docente. Allí desempeñó diferentes cargos de dirección e influyó decisivamente en la elaboración de los distintos estatutos. Como directivo se preocupó por la consolidación de la carrera docente y por el bienestar del profesorado y mostró especial interés por el desarrollo de la Facultad de Ciencias –sede de Bogotá– de la cual fue su primer secretario y del Instituto de Ciencias Naturales, dependencia de la que fue director por más de ocho años. Una de sus metas fue la de consolidar y fortalecer los programas de investigación, a la vez que se preocupó por activar las publicaciones y mejorar su calidad y difusión. Por sus méritos científicos fue recibido en esta corporación, a la que sirvió con cariño por varios años. Como homenaje a su memoria, y dada la premura del tiempo, me permito reproducir las palabras que pronuncié con ocasión de su posesión como miembro de número la tarde del 28 de noviembre de 2001.

“Acabamos de presenciar una interesante y documentada exposición sobre la familia de las gramíneas. Tenemos aún frescas en la pupila las imágenes de las estructuras más características y hemos visto cuales han sido los antecedentes en el estudio de esta familia en nuestro medio. Por ello, y como parte del ritual académico, al dar respuesta al doctor Polidoro Pinto, quiero comentar algunos aspectos que él, en aras de respetar el tiempo, dejó de lado o tocó apenas en forma tangencial.

Con toda propiedad podemos señalar que la familia de las gramíneas forma el grupo de plantas más importantes para el hombre. De hecho, las gramíneas han estado

estrechamente unidas a la historia de la humanidad y por tal motivo constituyen un importante campo de estudio. Sin embargo, el mismo ha sido eludido por muchos, y tradicionalmente los estudiantes de botánica, y más aún quienes aspiran a convertirse en agrónomos o zootecnistas, muestran temor y aun pánico ante nombres como *Agrostis*, *Paspalum Aristida* o *Poa*, los cuales han pasado a ser sinónimo de dolor de cabeza. En realidad, la clasificación de las gramíneas es conocida por muy pocos, aun entre los propios taxónomos, quienes temen penetrar a ese particular mundo, debido a la similitud que, a primera vista, muestran muchas de ellas y a su poca vistosidad.

Se supone que su organización es muy compleja y difícil de entender, pero, como ocurre con todas las familias de plantas, una vez que se comprende la estructura de sus órganos reproductores, su estudio resulta similar en dificultad al de cualquier grupo vegetal. Dicho de otra manera, aparte de los ejemplares de herbario, tan solo requiere de paciencia, dedicación, un buen estereoscopio y suficiente bibliografía. Abordadas de este modo y comprendidas en sus particularidades, las plantas resultan accesibles a todos, interesantes y aun apasionantes, como le resultan a los especialistas, quienes se encariñan con su tema de estudio y lo incorporan a su vida cotidiana como algo amable.

En forma curiosa, aunque no extraña en nuestro medio, cuando se iniciaba en la botánica sistemática y buscaba un grupo como objeto de investigación, el doctor Pinto fue orientado hacia las gramíneas y se asoció con ellas, merced a un consejo malintencionado de un profesor, quien le sugirió tal tema como campo de profundización, no para llenar un enorme vacío existente en el conocimiento de nuestra flora, sino para mortificar a otro colega interesado el mismo tema. Lo cierto es que el aspirante a agrostólogo perseveró, penetró en los arcanos de las gramíneas y continuó estudiándolas a lo largo de su vida.

Hemos escuchado de sus labios, y hemos visto en las ilustraciones proyectadas, cómo es la estructura de las espículas y qué papel juegan las glumas, las lemmas, las páleas y las lodículas en la clasificación. Ya conocemos las bases de su clasificación y ecología y hemos oído la forma como ha progresado el conocimiento acerca de este grupo; por ello deseo hacer énfasis en su importancia económica y cultural, la cual explica por qué las gramíneas merecen no uno, sino muchos especialistas. Infortunadamente, como nos lo ha señalado el nuevo académico, en nuestro medio esta familia carece de cultores, aunque el futuro se muestra promisorio por la aparición de nuevos agrostólogos.

Las gramíneas son abundantes y frecuentes en todas las regiones del globo. Las encontramos en todos los continentes formando extensas praderas donde son dominantes, y a la vez las hallamos ocupando pequeñas grietas, fisuras e intersticios de las piedras, donde ayudan a generar el suelo al favorecer la meteorización de las rocas, al ayudar a fragmentarlas, en la medida en que penetran sus abundantes raíces, dejando espacio al agua y a otros agentes que continúan el proceso. En Colombia las encontramos desde el nivel del mar hasta el superpáramo, muy cerca al límite de las nieves perpetuas. En el páramo, comparten el dominio del paisaje con los frailejones, dominan en las llanuras de la Orinoquía, son frecuentes a la orilla de las quebradas y caminos, invaden las playas de los ríos, prosperan en el sotobosque y muchas se comportan como invasoras de los cultivos. De hecho, esa notable capacidad para invadir otros cultivos sirvió de origen a los cereales secundarios, cuyas especies invadían las siembras de los cereales primarios. Los agricultores primitivos resolvieron cultivarlos paralelamente con sus congéneres en lugar de combatirlos, lo cual hizo posible que la cebada, la avena, el centeno y demás cereales menores ingresaran a la economía agrícola como forrajes.

Sin duda, los cereales son la principal fuente de alimento para el hombre y para los animales. Su ingreso a la agricultura es tan remoto que olvidamos cuáles fueron sus ancestros. Su evolución ocurrió antes de la época histórica; sabemos que las civilizaciones más antiguas conocían y utilizaban diversas clases de trigo, cebada y otros granos. Muchos años antes de la era cristiana, en Roma, con ocasión de la siembra o la recolección se celebraban grandes fiestas de la cosecha en homenaje a Ceres diosa a quien se atribuía el don de los granos o "*cerealia munera*". En Grecia se daban hechos similares y en América también se ofrecían a los dioses los primeros frutos de cada cosecha

Todos los cereales pertenecen a la familia de las gramíneas; los llamados cereales mayores, tienen una enor-

me importancia en la alimentación. Para cada clase de clima existen uno o varios cereales que se adaptan a sus condiciones. Además son fáciles de cosechar, almacenar y transportar, aparte de poseer un gran valor nutritivo. Su importancia cultural es capital. Gracias al trigo, el sorgo, el arroz y el maíz, florecieron las civilizaciones en Europa, África, Asia y América. Cada desarrollo cultural estuvo fuertemente ligado con el cultivo de uno de estos cereales. No en vano Ceres, la diosa de los cultivos les prestó su nombre. Las espigas y panojas, ricas en granos, resolvieron muchos problemas y permitieron al hombre pasar de la condición de cazador nómada a la de agricultor, y en torno de los cultivos florecieron los poblados que luego se transformarían en pueblos y ciudades donde luego florecería el comercio. Bastó a los primeros colonizadores llevar en su bolsa un puñado de granos para garantizar su supervivencia futura, avalada en la seguridad de una cosecha. En esta forma, el hombre se fue alejando de los valles para ascender por el curso de los ríos y conquistar los valles de las cordilleras.

Quizás un grano caído por descuido sobre las brasas, reventó al calor; el ruido atrajo la atención y quien lo examinó vio cómo el calor había abierto el grano y cómo el jugo de su interior se había transformado en una masa sólida y blanda fácil de masticar y digerir. Esta observación casual, y que se pudo repetir muchas veces, puso de presente las ventajas de la cocción para ablandar los alimentos. El descubrir que los granos se podían pilar o moler, para luego ser amasados y cocidos, revolucionó las costumbres culinarias. Posteriormente, con seguridad en forma casual, se descubrió el proceso de fermentación que dio lugar a varias bebidas refrescantes y que a la vez alegraban el espíritu; estas bebidas vinieron a animar las fiestas de la cosecha y se incorporaron a la cultura y a la economía. Los forrajes para alimentar el ganado simplemente surgieron de los restos del material utilizado para la molienda. El azúcar, otra fuente de alimento y materia prima para la fermentación, apareció con abundancia en las cañas de algunas gramíneas. La caña de azúcar ya no se conoce en estado espontáneo y su cosecha es una de las más importantes a nivel mundial, sobrepasando en importancia al trigo, el maíz y la papa.

Pero no todas las gramíneas son comestibles o forrajes. Muchas de ellas son ornamentales y otras sirven en la construcción. El caso más cercano a nosotros es el de la guadua, hierba gigante y polifacética, cuya arquitectura sorprendió a Humboldt y a Bonpland, quienes la describieron. Sus múltiples usos admiran: van desde una simple vara para formar un tabanque, o medio tallo acostado para fabricar un acueducto rudimentario, hasta la manufactura

de formaleas, muebles, paredes, techos y acabados. No es la ocasión de extenderme en estos temas, que siempre he encontrado de interés y que desarrollé cuando tuve a mi cargo una asignatura conocida como botánica económica. Tan solo he querido destacar los temas tratados por el profesor Pinto, a quien conozco de vieja data.

Aun siendo estudiante, debí acudir a su despacho, de secretario del Instituto de Ciencias Naturales, donde me atendió con amabilidad y resolvió rápidamente mis inquietudes. Recién le había conocido y sabía que acababa de regresar de París, luego de una de sus prolongadas estancias en la Ciudad Luz. Allí, siempre ocupado de las gramíneas, había laborado en el Laboratorio de Fanerogamia del Museo de Historia Natural, donde años atrás había cursado su doctorado, invitado por Monsieur Humbert. De la mano de Mademoiselle Lourteig debió familiarizarse con la biblioteca y con el herbario, que cual caja de Pandora encierra numerosas sorpresas taxonómicas, en medio de un polvo centenario que corroe las blusas de laboratorio. En sus incómodas gavetas se ocultan ejemplares típicos, que carecen de rótulo, pero que permiten aclarar las sinonimias, y de paso dar revolcones a la nomenclatura. Allí, a través de los pliegos se pueden reconstruir los itinerarios de los botánicos más famosos y se puede recrear el progreso de la taxonomía a través de la evolución de los sistemas de clasificación. No en vano, éste es uno de los máximos templos de la botánica, junto con Kew Gardens y San Petersburgo, seguidos por los herbarios de Ginebra y Washington y por otros importantes centros de investigación. Pero el herbario de París,

como lo ha comprobado repetidas veces el profesor Pinto, tiene un encanto particular y encierra mayores arcanos que los demás herbarios del mundo.

He mantenido con el doctor Pinto una amistad que viene desde 1966, cuando empecé a tratarle, amistad que se acrecentó cuando ingresé como docente a la Universidad. He sido testigo de su amor por el “*alma mater*” y de su entrega total a la causa universitaria, pero hoy no quiero destacar estos aspectos, pues su acceso a la silla de numerario se debe, no a su desempeño docente, sino a su actividad como investigador. En este campo, debo destacar su “Clave para los géneros de gramíneas de Colombia”, la redacción de los dos volúmenes en que se trata esta familia para la “Flora de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada”, el texto correspondiente a esta familia en el “Catálogo ilustrado de las plantas de Cundinamarca” y la revisión del género *Bromus*, un trabajo menos conocido entre nosotros, pero que le sirvió como aval para ser invitado a un Congreso mundial en Berlín, donde su participación fue destacada.

Estas ideas, un tanto deshilvanadas me han servido para dar respuesta a su discurso de posesión. Su ascenso a la categoría de numerario es una merecida distinción, y como ha quedado demostrado, enriquece la nómina de los miembros de número. Gracias señor presidente por haberme asignado esta comisión, que he cumplido con inmenso agrado”.

Santiago Díaz-Piedrahita